



# **EL CANTO GREGORIANO Y LA FILOSOFIA MEDIEVAL**

Gonzalo Soto Posada

**V**amos a dividir el artículo en cinco puntos para ubicar el contexto filosófico en el que se desarrolló lo que hemos dado en denominar el Canto Gregoriano en la cultura medieval. El primer punto lo vamos a llamar el horizonte interpretativo filosófico del medieval: El ente creado. En segundo lugar, el problema filosófico de la semejanza o cómo la cultura filosófica medieval trabaja desde la semejanza. El tercer punto: acudiendo un poco a lo que hoy los historiadores Franceses han denominado historia de las mentalidades, el problema de la cultura dominante a nivel filosófico y el problema de la cultura subalterna dentro de la mentalidad filosófica de la edad media. El cuarto punto ilustra un poco lo anterior con el Nombre de la Rosa. Un quinto punto lo vamos a denominar el diablillo o el diablo del canto gregoriano. La cultura medieval produjo un diablo que atentaba contra el recitado del canto gregoriano. Es el célebre Tittivillus. Vamos a ver qué era esa diablura y qué papel jugaba en la cultura medieval del gregoriano.

Comencemos con el primer punto, el problema del ente creado. Creemos que toda época y por ende la época medieval, trabaja en un horizonte para hacer su lectura interpretativa de la realidad. Ese horizonte busca unos fundamentos, un contenido y estos fundamentos contenidos del horizonte se ubican en un aquí y un ahora. Si aplicamos esta triple noción a la filosofía medieval, ésta tiene un horizonte: el ente creado. Las cosas para un medieval son criaturas de Dios, huellas, vestigios, signos, símbolos de la divinidad. Y como signos de la divinidad, la creación es un libro escrito por Dios. Se trata de leer en la creación los signos de Dios. Cuando uno, por ejemplo, lee El Nombre de la Rosa encuentra que todo el problema del signo va a ser fundamental para la cultura filosófica medieval: leer es interpretar el signo, leer es descifrar el signo, o bajo la imagen del laberinto, hay que penetrar en el laberinto, hay que descifrar el jeroglí-

fico de las cosas y para ello el medieval encuentra una respuesta: desde un Creador las cosas tienen sentido. Este horizonte es fundamental porque frente a los griegos y la filosofía griega, el medieval no trabaja con el horizonte de la physis, de la naturaleza. Ya las cosas para un medieval, como manifestaciones de Dios, no son manifestaciones de la physis. Por ello, para un medieval, el problema no es la relación ser-devenir, ser-aparecer, ser-pensar, que era la trilogía típica de la physis griega y su horizonte, sino que el gran problema de un medieval era explicar el ser de las cosas. Y sólo encuentran una respuesta: porque Alguien las creó, tienen ser. Ellos expresan esto de Alguien que crea diciendo que las cosas son contingencia y probabilidad, cosa muy distinta a lo de los griegos. Por eso, cuando ya la dogmática cristiana establece este horizonte del ente creado en una fórmula, nos lo va a decir con las palabras con que todavía el cristiano comienza el Credo: creo en Dios Padre Todopoderoso, Creador del cielo y de la tierra. El Dios de los griegos no era omnipotente. Este horizonte del ente creado tiene entonces un contenido fundamental, un fundamento especial. Es la tesis filosófica de la analogía del ser: las cosas son en tanto tienen el ser recibido. O formulado de otra manera: propiamente hablando de Dios es. Las cosas tienen el ser. O de otra manera: mientras Dios es el mismo ser, las cosas participan del ser divino. Así, la analogía del ser va a ser fundamental para toda la explicación filosófica de la cultura medieval. Decir que Dios es y que las cosas tienen el ser es establecer el juego de las reduplicaciones especulares de que hablan los medievales, especulares en el sentido de espejo. El Creador es a la criatura como el modelo a la copia. En este juego modelo-copia de relación especular, cada cosa es un espejo de la divinidad y por ende un camino que puede llevar a la divinidad. Todo ello tiene una ubicación histórica. Así como el horizonte griego de la physis tenía como ubicación la Polis, la ciudad, el horizonte del ente creado con su

analogía del ser tiene también un aquí y un ahora. Es la república cristiana, es la ciudad de Dios, es la Iglesia, es la relación Papado-Imperio. Por todo ello, la cultura medieval va a ser teocéntrica: Dios es el centro y desde el horizonte de la república cristiana, la Iglesia va a ser el sentido del poder en la cultura medieval. El papa estará por encima del Emperador, lo temporal estará al servicio de la espiritual y se entablan entonces los regímenes de corte teocrático.

Cuando se leen las tesis, por ejemplo, del papa Inocencio III, éste, como eco de este teocentrismo, va a decir que el Papa y el Emperador son como el sol y la luna. Sólo que el Papa es al Emperador como el sol a la luna. O sea, el Emperador tiene luz refleja como la luna tiene luz refleja. Toda esta instancia política de la teocracia también llevará, por ejemplo, a las categorías muy medievales de las guerras justas o de las guerras santas. El texto bíblico del Nuevo Testamento es radicalmente pacifista; hay que amar incluso a los enemigos. El problema surge con las invasiones de los infieles o con los herejes. No se les puede volver la mejilla. Hay que convertirlos incluso utilizando medios violentos. Surgen las guerras santas o cruzadas y los procesos inquisitoriales.

La cultura medieval filosóficamente hablando sólo es posible en cuanto piensa el ser del ente desde la relación Creador-criatura; el ser se dice propiamente de Dios y analógicamente de las criaturas; la metafísica desde este ángulo es una teoría del ente en tanto creado, una reflexión sobre la creación, sobre cosas fuertes en ser, lo necesario y cosas débiles en ser, lo contingente, sobre un fundamento que funda no porque permite la generación como devenir (griegos) sino como creación de la nada; la cultura filosófica se ha hecho teológica y la metafísica como saber clave de esta cultura se ha hecho teología. Si en un griego, como Aristóteles, la metafísica es física, en cuanto es una analítica del ser desde el género del movimiento: dar cuenta del ente como ente movido, en un medieval la metafísica es una analítica del ser desde el género de la creación: dar cuenta del ente como creado. La metafísica no es, pues, física, es teología; por consiguiente, en el principio era la fe. Toca, en expresión clásica medieval, *fides quaerens intellectum*, hacer inteligible la fe. Allí se mueven el saber, el poder, el creer y por

ende el arte. Este, sea románico, sea gótico, sea gregoriano, expresiones artísticas por excelencia del medioevo, son plasmación del ente creado, de la analogía del ser, de la lucha entre la ciudad de Dios y la ciudad del hombre, del conflicto entre satán y la divinidad, de la contienda entre el reino de Dios y la liberación perversa de los caballeros del mal, del simbolismo como alegoría divina de la experiencia estética como experiencia religiosa, de la vida como peregrinación, de la fe que se hace cultura y de la cultura que se hace fe, de la naturaleza como sacramento de Dios, de la producción de belleza como templo de la divinidad.

El segundo punto es el problema de la semejanza. Si uno lee el Nombre de la Rosa de entrada ve que ya está operando con la semejanza. Por ejemplo, toda la novela se estructura en 7 días pero a esos 7 días corresponden 7 crímenes, 7 trompetas del Apocalipsis. Se va a establecer un juego de correpondencia con base en el siete. Toda la cultura medieval va a trabajar de esta manera, a nivel de semejanzas. Esta semejanza opera de cuatro maneras: o a nivel de conveniencia, estableciendo paralelos, correspondencias, armonías, flujos y reflujos; o a nivel de emulaciones. Es el juego modelo copia de que hemos hablado antes; o a nivel de analogías, que es una síntesis de la conveniencia y de la emulación; o a nivel de antipatías y simpatías. Demos ejemplos. Acudamos al cuatro. Desde el cuarto, los medievales van a hacer una serie de explicaciones tanto de corte cosmológico como de corte antropológico. En el cosmos, cuatro elementos, cuatro cualidades, cuatro estaciones, cuatro fases de la luna... En el hombre, cuatro humores, cuatro temperamentos, cuatro edades... Por ello es un Microcosmos, síntesis y resumen del cosmos. La búsqueda de la piedra filosofal también es tetráctica en correspondencia con este "ordo quadratus" cosmológico- antropológico. De ahí sus cuatro fases: Nigredo, Albedo, Citrinitas y Rubedo. Las mismas semejanzas pueden establecerse desde el siete: siete planetas, siete aberturas en el rostro humano, siete artes liberales (el trivium y el quatrivivium), siete virtudes, siete pecados capitales, siete días en la semana, siete cuerdas en la lira, siete tonos en la escala musical... El cosmos es así orden y armonía.

El tercer punto es el problema de la cultura dominante y la cultura subalterna. La cultura dominante es la cultura oficial, la cultura de todos los días que tienen voz propia y establece en el orden del saber, del poder y del creer lo que se debe hacer; la cultura subalterna es aquella que, si bien trata de ser aplastada por la cultura dominante, encuentra medios para no dejarse aplastar y sigue ahí riéndose de la cultura dominante, a pesar de todos los peligros que esta risa le causa cuando se ríe de la cultura dominante. Pues bien, a nivel filosófico, nos atreveríamos a decir que en la edad media, predominantemente hablando, se establecieron las tesis del realismo. Es el problema de los universales. No vamos a entrar en explicación pero en torno al problema de los universales hubo realistas y hubo nominalistas. En el Nombre de la Rosa, Jorge de Burgos es cultura dominante. Históricamente es Bernardo de Claraval. Cultura subalterna es el Nominalista Guillermo de Basquerville, históricamente Guillermo de Occam en el siglo XIV. Los realistas plantean que el mundo está estructurado con base en esencias y naturalezas, entonces en el mundo hay orden, causalidad, necesidad; para decirlo en lenguaje social: por naturaleza el hombre es social, luego el ser político del hombre es una necesidad natural y si el ser político del hombre es una necesidad natural debe establecerse ordenada, necesaria y causalmente un orden político con base en la obediencia. En cambio, la cultura de los nominalistas, la que hemos llamado subalterna, no trabaja con base en esencias y en naturalezas, trabaja con base en individuos; sólo existe el individuo, no existe la especie humana ni la esencia humana, ni la naturaleza humana sino Pedro, Pablo y Juan; pero como Pedro, Pablo y Juan pasan como el soplo del viento, entonces no hay un orden, no hay causalidad, no hay necesidad; todo es desorden, probabilidad, contingencia; lo que hoy es mañana puede no ser; la verdad de hoy puede no ser la verdad de mañana, la bondad de hoy puede no ser la bondad de mañana.

Para el nominalismo, el hombre por naturaleza no es sociable, la naturaleza sociable del hombre no es esencial, toda autoridad es fruto de un pacto-convención, toda ley es fruto de un pacto-convención y como fruto de pacto o fruto de convención no hay leyes eternas, absolutas, necesarias, universales sino que son contingentes, fruto de los pactos o de

las convenciones. La cultura subalterna siempre plantea el orden de la probabilidad mientras la cultura dominante siempre plantea el orden de la necesidad. Por eso, para la cultura dominante (Jorge de Burgos, por ejemplo, en el Nombre de la Rosa), todo está dicho, no hay que interpretar, no hay que cambiar, el texto está definitivamente explicado, definitivamente leído y definitivamente interpretado. En cambio, Guillermo de Baskerville piensa que ningún texto está definitivamente leído ni escrito ni interpretado. Jorge de Burgos trata que de ninguna manera se penetre en el laberinto, Baskerville busca de todas maneras penetrar en el laberinto. Jorge de Burgos imposibilita por todos los medios que el manuscrito de la risa de Aristóteles, es decir, de la duda, entre en la cultura. Guillermo de Baskerville busca de todos modos que ese manuscrito sea leído porque la duda, la inquietud, la discusión, el ruido, la dialéctica, los pro y los contra muy propios de la cultura subalterna, tienen que entrar para efectos de la verdad. Cuando uno ve los ataques de Jorge de Burgos contra la marginalla que Adelmo hacía en los manuscritos que copiaba, esas miniaturas que ilustraban los códigos y que casi siempre eran fauna teratomórfica, fauna mostruosa, Jorge de Burgos no acepta esos marginallas porque le parecen risa, duda, contingencia, se burlan de la verdad; en cambio, Guillermo de Baskerville acepta esos marginallas, porque la duda es el motor de la búsqueda.

El cuarto punto quiere ejemplificar lo tratado con el Nombre de la Rosa. Ya hemos aludido a ello varias veces. Hagamos un complemento. En las ficciones literarias de Eco se pueden rastrear personajes históricos medievales. Jorge de Burgos es Bernardo de Claraval. Guillermo de Baskerville es Guillermo de Occam. El abad Abbone es Suger el Abad de San Dionisio. Pero en estos personajes-ficciones hay modeladas tres opciones ante la verdad. Burgos-Claraval es el "Yo tengo la verdad". Baskerville-Occam es el "Yo busco la verdad" y el Abad Abbone es el "Yo manipulo la verdad". Estas tres actitudes ante la verdad son paradigmáticas no sólo de la cultura medieval sino de todas las culturas. Allí se juega el saber, el poder y el creer.

El último punto es lo que hemos denominado el diablo del canto gregoriano. Todos los días los monjes tenían que recitar ocho oficios litúrgicos: Maitines, Laudes, Prima, Tercia, Sexta,

Nona, Vísperas y Completas, o sea, desde las dos de la mañana a las siete de la noche o a las ocho de la noche en verano. Pero, qué pasaba? Que muchos monjes podaban la recitación de estos oficios litúrgicos o los decapitaban o se tiraban cera de vela caliente sobre sus cabezas rasuradas o llegaban tarde o se volaban sin terminar o los hacían a toda prisa para terminarlos rápido suprimiendo sílabas al comienzo y al final de las palabras u omitiendo la llamada *disalma*, esa pausa que había que hacer entre dos estrofas. Al omitir la *disalma* ocurría que un sector del coro no había terminado y el otro ya estaba terminando. U omitían frases para correr y salir rápido. Así, el solemne canto llano se volvía un espantoso galimatías, un verdadero farfullar y era tan habitual ésto en la cultura monástica medieval que si acudimos a las hagiografías, el padre del mal, Satán, se vió obligado a crear

un diablo especial, *Tittivillus*. Su tarea era llenar su bolsa de todas las faltas anteriores y llevarlas a su amo. He aquí en descripción su oficio: "Hay quienes malignamente adulteran los sagrados salmos, el que vacila, el que emite sonidos entrecortados, el brincador, el que va a prisa, el que se arrastra, el gruñidor, el que salta, el que corre; *Tittivillus* recoge los fragmentos de las palabras pronunciadas por estos hombres". Y luego los lleva a Satán. Pero, además de esto, también llenaba su bolsa de las charlas frívolas en la Iglesia o de las notas agudas de los tenores vanidosos que cantaban en beneficio de su gloria personal y no de Dios. En definitiva, el oficio divino entonado comenzaba con estas palabras: *Domine, ad adjuvandum me festina*: Señor, corre a ayudarme. Estos monjes y para ello existía *Tittivillus*, lo volteaban así: *Domine, ad festinandum me adjuva*. Señor, ayúdame a correr.